

Capítulo 1

PREHISTORIA: DE LA MUJER DIOSA A LA MUJER ARTISTA

1. En vez de ciencia, prejuicio: consecuencias de una visión patriarcal de los orígenes de la historia
2. Arqueología y antropología feministas
3. Mujeres reales frente a «venus»: las estatuillas femeninas del Paleolítico
4. Las primeras «artistas»: las mujeres en la pintura del Paleolítico

1. EN VEZ DE CIENCIA, PREJUICIO: CONSECUENCIAS DE UNA VISIÓN PATRIARCAL DE LOS ORÍGENES DE LA HISTORIA

La Prehistoria es uno de los periodos más misóginos de la historiografía. Es como si la ausencia de documentación escrita hubiera creado un espacio en blanco en el que cada investigador pudiese dar rienda suelta a los prejuicios sexistas de su tiempo con total «impunidad». Posteriormente, a partir de la invención de la escritura, los estudios habrían de atenerse a la confrontación a una documentación, que, si bien también es androcéntrica, se encuentra con el sempiterno e «incómodo» testigo del caso aislado o particular –la excepción–, que rompe con una visión uniforme de los papeles de hombres y mujeres, y que pone en tela de juicio una «verdad» incuestionada. Al no tener que contrastar los objetos –que son escasos– con los textos, todo siempre cae del lado del prejuicio.

Desde su comienzo como disciplinas, que se sitúa a mediados del siglo XIX, la Arqueología y la Prehistoria han hecho una interpretación androcéntrica –con una visión del mundo que universaliza lo masculino como lo humano– de estas sociedades. Esta interpretación que insiste en la irrelevancia de las mujeres,

lo mismo social que individual carece, por completo, de fundamento científico –pues no tiene evidencias– y es, de hecho, el resultado de la proyección del concepto de la relación hombre-mujer –muy desigual y asimétrica– que se tenía entonces, cuya finalidad era legitimar la dominación masculina basada en una concepción naturalista o esencialista de los sexos. Ellos valorados en sus tareas «superiores»: la caza, la talla de objetos –junto a la creación artística– y la guerra, y ellas relegadas a las «inferiores»: la agricultura, la reproducción y los cuidados. Así pues, la representación de la familia prehistórica imita el modelo ideal de la familia occidental del siglo XIX: nuclear, monógama y patriarcal.

Además, la Prehistoria, al ocuparse en su estudio de los orígenes de la humanidad, al principio de los tiempos, y un periodo de una larguísima duración–que abarca la inmensa mayoría de la existencia del ser humano– parece, con frecuencia, no tanto tratar de explicar como de justificar una desigualdad y asimetría entre los sexos-géneros que sería primigenia, como si se tratara de algo universal e inmutable, por tanto, esencial.

Para explicar la invisibilidad de las mujeres prehistóricas, en general, se ha defendido la idea de que los restos arqueológicos –la cultura material y su contexto– apenas proporcionan elementos que permitan asignarles una función social, económica, política y cultural; pero exactamente lo mismo ocurre en el caso de los hombres. Aún más, es tal la inercia con la que ese prejuicio determina el análisis y la interpretación de cualquier resto arqueológico que lleva a concluir, de modo, a menudo forzado, que las posiciones jerárquicas son atribuidas a los hombres y, si esto no es posible, se tiende a ignorar, escamotear o tergiversar el descubrimiento. Lo cierto es que no hay ninguna prueba arqueológica que excluya la participación de las mujeres en cualquier tipo de actividad de la Prehistoria. Es más, los nuevos descubrimientos y métodos de análisis ponen de manifiesto que las mujeres prehistóricas son tan importantes como los hombres en el proceso de humanización, esto es, que contribuyeron como ellos a la evolución cultural de la humanidad.

Durante mucho tiempo, desde mediados del siglo XIX y hasta las primeras décadas del XX, se aceptó generalmente la teoría del matriarcado original o primitivo defendida, sobre todo, por Johann Bachofen en *El matriarcado: una investigación sobre la ginecocracia en el mundo antiguo según su naturaleza religiosa y jurídica* (1861), de acuerdo con la cual, habría existido un matriarcado femenino –una organización social y jurídica basada en la ostentación de la autoridad por parte de las mujeres– o una igualdad entre hombres y mujeres. Un matriarcado que, en el momento del paso de la economía de depredación a la de producción, es decir, del Paleolítico al Neolítico, habría cambiado a patriarcado, haciéndose los hombres con el poder. Las primeras serían sociedades «inmaduras», primitivas y basadas en la naturaleza, y las segundas habrían supuesto un progreso, serían «maduras», civilizadas y fundamentadas en la cultura.

No obstante, ya entonces, Friedrich Engels, en su obra *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* (1884), analizó el sometimiento de las mujeres desde el punto de vista de las relaciones sociales propias de una época determinada, a la vez que señaló que podían variar a lo largo de la historia, reafirmando, de este modo, la idea de la existencia de ciertas sociedades, sobre todo, en las de los cazadores-recolectores, de una igualdad, al menos, relativa, entre las mujeres y los hombres.

Según la antropóloga feminista Françoise Héritier, el escasísimo reconocimiento que han tenido las mujeres en la evolución humana es debida a la «valencia diferencial de los sexos» que habría existido desde los orígenes de la humanidad. Así pues, en todas las culturas y épocas se habría dado una dominación masculina, es decir, un patriarcado; otra cosa es la matrilinealidad y la matrilocalidad. En el primer caso, la matrilinealidad es un sistema de descendencia que se define por la línea materna, por tanto, un modo de filiación y organización social en que la transmisión del nombre, de la pertenencia a un clan o a una clase, de los bienes y las funciones o los privilegios se hace a través de la madre. En el segundo, la matrilocalidad tiene que ver con la residencia, donde vive la familia después del matrimonio, cerca del grupo familiar de la mujer, en lugar del del hombre. Por todo ello, el matriarcado no habría existido nunca, sería un mito, puesto que no hay ninguna evidencia de que haya habido una sociedad en la que el poder lo hayan detentado las mujeres. Ahora bien, este tipo de teorías de la dominación masculina universal también pueden ser peligrosas porque parecen tender a que el patriarcado sea algo natural.

Actualmente, ambas definiciones: la del matriarcado original y la del patriarcado universal, están encausadas. El análisis que se hace de los restos encontrados está más abierto a distintas interpretaciones y no se fuerza una visión esencialista de ninguno de estos dos extremos. Y es que no se puede generalizar, pues las funciones y el estatus de las mujeres parece haber variado notablemente en función del periodo y de las regiones, ya que hay una fluctuación en las jerarquías y roles de las sociedades primitivas.

Para muchos investigadores la subordinación de las mujeres sería la consecuencia de su capacidad reproductiva, que dio lugar a una división sexual del trabajo, aunque esta fuese menor de lo que se creyó en el pasado, y que conforme creció tuvo como consecuencia un aumento de las desigualdades y de la jerarquización de la sociedad. O sea, que la relativa igualdad entre todos los miembros del grupo, hombres y mujeres, cuando hacían lo mismo, empezó a cambiar al aumentar en las sociedades productoras la división de funciones y aparecer trabajos especializados, con lo que la homogeneidad en el interior de los grupos comenzó a romperse. Es el primer paso a lo que se conoce como la identidad individualizada.

Se cree que en el Paleolítico se daba un relativo equilibrio en las relaciones entre los sexos, que se rompió en el Neolítico y, sobre todo, en la Edad de los Metales, como consecuencia de profundos cambios económicos y sociales. Parece ser que, muy al principio del Neolítico, la organización socioeconómica, incluso política, de las primeras comunidades agrícolas se configuró en torno a las mujeres. Convertidas en agricultoras y vinculadas a actividades como la labranza, la recogida de cereales, la molienda de grano..., se les atribuirían la fabricación de ciertos útiles agrícolas, por ejemplo la azada, la hoz y las piedras de moler el grano. Además, trabajaban pieles, hilaban, tejían y se ocupaban de la alfarería. Según algunos investigadores, estos conocimientos se habrían transmitido de madres a hijas, lo que les habría otorgado un estatus social tan elevado, o incluso superior, al de los hombres. Pues bien, con el desarrollo de la ganadería y el dominio de nuevas técnicas, los hombres habrían sustituido, poco a poco, a las mujeres en los trabajos relacionados con la agricultura. Al aumentar las riquezas, los varones habrían ido ocupando un lugar cada vez más relevante en las comunidades. Estos cambios habrían transformado las relaciones sociales, dando origen a las élites o castas, como la de los guerreros, y habrían provocado una división sexual del trabajo más definida, así como una generalización de la residencia patrilocal y de la filiación patrilineal.

A partir de la década de los cincuenta del siglo XX, se impuso el modelo explicativo del hombre «cazador» y la mujer «recolectora», que supondría una estricta división sexual del trabajo derivada de la propia jerarquía según los géneros con las que se ha querido siempre discriminar a las mujeres. Según esto, el hombre cazador habría sido el principal proveedor de alimento para la comunidad y el que inventó y fabricó herramientas –utensilios y armas–. O lo que es lo mismo, los hombres se han presentado como los garantes de la supervivencia de su comunidad y los actores del «progreso», una «transformación gradual hacia mejor». Habrían sido el agente principal de la evolución humana, de la «humanización», que se refiere a la evolución cultural, y no solo biológica, que habría dado lugar a las conductas humanas modernas. Por el contrario, las mujeres no habrían desempeñado ninguna función en la evolución técnica y cultural de la humanidad.

Hoy en día sabemos, por multitud de hallazgos, que en las sociedades cazadoras-recolectoras las mujeres participaban activamente en la caza de muchas formas, aunque parece que había diferencias entre las formas de cazar de hombres y mujeres en lo que respecta a las especies, las técnicas, la intensidad y el contexto social en el que lo hacían. Las partidas de caza de las mujeres solían desarrollarse fuera del poblado, en grupo y, a menudo, las piezas que se cobraban eran más pequeñas y cazaban una menor variedad de especies, además intervenían en la localización y desciframiento de las huellas del animal y la elaboración de las estrategias de caza. Aunque ya se había encontrado ajuares

femeninos con anterioridad en los que había herramientas para la caza con anterioridad, en 2019 en la prestigiosa revista *Science Advances* se publicó un trabajo sobre el hallazgo de una joven en una de las sepulturas del poblado Villa Matja Patxa (Perú), de hace unos 9000 años, que estaba enterrada con un conjunto de armas para la caza de grandes animales.

Negar a las mujeres la participación en determinadas actividades como la caza supone negar, a su vez, su aportación a las tecnologías que se asocian a esas mismas actividades, abundando, así, en ideas preconcebidas de que eran los hombres los principales usuarios y productores de instrumentos líticos. Es lógico pensar que más allá de que las mujeres cazaran, el rango de actividades en el que pudieron utilizar sus útiles es tan amplio que sería absurdo negarles esa posibilidad. La producción de objetos metálicos ha sido considerada una de las actividades tecnológicas más complejas llevadas a cabo por los seres humanos. Y, como en el caso de la lítica, durante mucho tiempo se ha creído que era una producción exclusivamente masculina. Sin embargo, de manera general, en la Edad del Bronce en Europa la metalurgia estaba asociada a los espacios domésticos. Por lo tanto, podemos pasar del modelo del «gran fundidor masculino» a otro en el que esta actividad estaba situada en el ámbito del grupo. Tampoco el tipo de objetos que se producían parece indicarnos una vinculación con la producción exclusiva con los hombres puesto que los metales se utilizaban en un primer momento para realizar elementos de adorno y solo tiempo después sustituyó a la piedra y al hueso para la fabricación, primero de útiles y, en menor medida, de armas.

El enfoque de los primeros prehistoriadores se ha basado también en dos sesgos importantes: el de una violencia primitiva y el de una evolución progresiva y lineal de la historia de la humanidad, en gran medida, influida por las teorías del darwinismo social imperantes en el siglo XIX. Pero la «cultura de la guerra», es decir, la consideración de la competitividad y la guerra como uno de los motores de la historia no es exclusivo de la Prehistoria, pues ha sido una de las constantes historiográficas más antiguas desde Tito Livio. A partir del XIX, la historiografía marxista amplía el objeto de estudio, que no es exclusivamente el del poder y la clase alta y, sobre todo, desde la Escuela de los Anales en Francia cambia esa noción por un análisis más general incluye a las mujeres, las niñas y niños, la vida privada..., teniendo, así, lugar un cambio de paradigma o de perspectiva, al que, como veremos a continuación, contribuyó también el feminismo posteriormente.

Sea como fuere, la violencia de las sociedades prehistóricas del Paleolítico no está arqueológicamente probada. De acuerdo con los estudios de los esqueletos humanos fósiles, las marcas de violencia solo se han observado en algunos individuos, lo que hace pensar que en este periodo no hubo guerras en sentido estricto. Fue más tarde, en el Neolítico, cuando surgieron los primeros signos de violencia colectiva, al parecer, y ni siquiera entonces está presente en todas las sociedades sedentarias.

Por el contrario, la especie humana ha sido mucho más pacífica que violenta. El estudio de los datos arqueológicos muestra que las relaciones entre comunidades se basaban en el intercambio de objetos, de conocimiento, de habilidades e incluso de individuos; tanto como la agresividad y la competición, lo que parece haber sido vital para la supervivencia de esos humanos que formaban pequeños grupos de cooperación y solidaridad.

Así pues, frente a esta cultura de la violencia y la competitividad continuas, muchos investigadores –sobre todo, investigadoras feministas– defienden la hipótesis de los cuidados y la solidaridad puesto que son las estrategias de cohesión social los vínculos que permiten a las personas experimentar un sentido de pertenencia, asegurar el bienestar de sus miembros. Estas estrategias han sido las más frecuentes de nuestra historia, y también las menos visibles. Es más, de la observación de las anomalías o los traumatismos en los huesos de muchos fósiles humanos del Paleolítico se ha deducido que esos humanos cuidaban a sus enfermos o heridos. La especie humana es la única que ha desarrollado el cuidado cooperativo como un método de control de enfermedades. El cuidado de las personas enfermas se integró en el conjunto de las estrategias cognitivas y especializaciones que se atribuyen al género *Homo*, con lo que se dan a conocer otros aspectos anteriormente ignorados del funcionamiento del grupo y que explican la supervivencia de este de un modo mucho más coherente y realista.

2. ARQUEOLOGÍA Y ANTROPOLOGÍA FEMINISTAS

El desarrollo de la arqueología y la antropología feministas o de género, junto a las nuevas técnicas de análisis de los restos arqueológicos y los recientes descubrimientos de fósiles humanos, han puesto en cuestión muchas ideas –prejuicios en su mayoría– acerca del papel que desempeñaron las mujeres en la Prehistoria.

Muchas veces no es tanto que haya nuevos hallazgos que desmientan las teorías anteriores, sino que la perspectiva de análisis y de estudio ha cambiado, sobre todo, desde los años setenta del siglo XX, principalmente, en el ámbito angloamericano, con la presencia de prehistoriadoras y arqueólogas feministas que han dado relevancia a temas distintos, en particular, al de los cuidados. Una pionera en este sentido fue la antropóloga estadounidense Margaret Mead, quien en su libro *Mujer y temperamento en tres sociedades primitivas* (1935) definió como un acto de humanidad y el «primer signo de civilización» el hallazgo de un hueso cicatrizado soldado en un cadáver después de una fractura, lo que indicaba que ese individuo había sido cuidado.

La información sobre las sociedades prehistóricas que se ha ido descubriendo a través de una arqueología feminista o, al menos, no sesgada establece una

categoría específica de análisis histórico centrado en las actividades relacionadas con lo doméstico, lo cotidiano, un ámbito que refleja nociones como cuidado, alimentación, sanación y socialización. Unas actividades en las que, como en cualquier otra, se acumulan experiencias, conocimientos, relaciones, tecnologías, innovación... y que, lo que es más importante, son imprescindibles para la supervivencia de cualquier grupo social y las únicas estructuras verdaderamente esenciales. Sally Linton, Margaret Conkey y Margaret Ehrenberg –autora del importante libro *Mujeres en la Prehistoria* (1989)– fueron algunas de las arqueólogas más sobresalientes que situaron a las mujeres en el centro de sus investigaciones.

El feminismo ha situado estos trabajos, con anterioridad relegados a la categoría de detalles sin importancia, en primer plano de la explicación histórica, independientemente de qué género se dedicase a realizarlo en el pasado. Una cuestión que con los nuevos hallazgos ha pasado de ser de forma automática atribuido a las mujeres a problematizarse y convertirse en difícil de conocer.

Son pocas las investigaciones que se han ocupado de las mujeres y el arte prehistórico desde una perspectiva feminista en comparación con otros periodos histórico-artísticos. Además, en general, estas son más el resultado de estudios de arqueólogas y prehistoriadoras que de historiadoras del arte por diversas razones: las metodologías específicas empleadas para el estudio de este periodo que requieren de una interdisciplinariedad, y un concepto de arte cuya definición ha sido y es cambiante.

En su mayoría estos trabajos están centrados en el estudio de la mujer como tema iconográfico, en especial, en las figurillas femeninas del Paleolítico, conocidas tradicionalmente como «venus», pero también en las pinturas o, en el caso de España, en las damas íberas. La arqueóloga y antropóloga Marija Gimbutas, experta en el Neolítico y la Edad de Bronce en Europa, fue pionera en el estudio de las representaciones de mujeres desde un enfoque alternativo a la investigación tradicional, centrado en la Gran Diosa. Sin embargo, hoy en día estas interpretaciones están puestas en cuestión por considerarse genéricas y esencialistas, al no recoger la diversidad de mujeres de la Prehistoria.

Mucho más raro, debido a su mayor complejidad, es el estudio de las mujeres como sujetos, o sea las autoras de estas obras, cuestión que abordaremos un poco más adelante.

3. MUJERES REALES FRENTE A «VENUS»: LAS ESTATUILLAS FEMENINAS DEL PALEOLÍTICO

Se han encontrado abundantes imágenes de seres humanos o sus sexos (vulvas y falos), grabados o esculpidos, en las paredes de cuevas, rocas o soportes

móviles –huesos, astas de ciervos o piedras–. Con mucha diferencia, de las representaciones antropomorfas, las más numerosas son las femeninas, entre el ochenta y el noventa por ciento según el soporte (parietal o mobiliario), descubiertas en más de noventa yacimientos de toda Europa –a excepción de la Península Ibérica– y Siberia, junto con otros restos arqueológicos en los hábitats, a veces plantadas en el suelo y más raramente en tumbas, estaban más expuestas, en las zonas más cercanas al exterior de las cuevas, donde hacía la vida el grupo, que ocultas.

La primera estatuilla femenina, la *Venus impúdica* –por presentar la vulva muy marcada, en oposición a las venus o desnudos «púdicos» clásicos, que ocultan su sexo y pechos– [figura 1], fue descubierta en 1864 en el yacimiento arqueológico francés de Laugerie-Basse. Después, vendrían otros muchos hallazgos: la *Dama de la capucha*, la *Venus de Lespugue*, la *Venus de Willendorf* –la más popular de todas ellas, en parte, por sus exagerados rasgos sexuales– [figura 2], etc. La «venus» en marfil de mamut de Hohle Fels (Alemania), fechada entre hace 31.000 y 35.000 años, es, en la actualidad, la más antigua.

Las figurillas femeninas conocidas del Paleolítico –por tanto, de bulto redondo– son más de doscientas cincuenta y fueron esculpidas en diferentes materiales: piedra, hueso, marfil, ámbar o terracota, en sitios datados entre 30.000 y 25.000 años de antigüedad. Suelen representarse de cuerpo entero, desnudas o semidesnudas y muchas de ellas comparten características similares, como son: tener pequeñas dimensiones (entre 4 y 25 centímetros), mostrar de forma exagerada los rasgos sexuales: grandes senos, nalgas abultadas, vulva marcada, la parte superior de los muslos y el vientre adiposos –algunas de ellas están embarazadas– y el resto del cuerpo, cabeza, brazos, piernas y pies, pequeños y esbozados. Rara vez, se representan los rasgos del rostro, con algunas excepciones, como la *Dama de Brassempouy* [figura 3] o la «cabeza» de Dolni Vêstonice. Sin embargo, se observa una gran diferencia de detalles según la cultura a la que pertenezcan, aunque se ha tendido a minimizar su importancia, a favor de sus semejanzas.

Tradicionalmente, estas figurillas se han denominado «venus» (en algunos casos «damas»), utilizando el nombre de la diosa de la mitología romana de la belleza, el amor y la fertilidad; la Afrodita griega. Una terminología por completo arbitraria que, aunque está muy difundida, hoy en día es rechazada en el ámbito científico y, en particular, por la arqueología y la prehistoria feministas. La razón es que da lugar a una interpretación universal –ajena a su contexto arqueológico–, sesgada y androcéntrica, en la medida en la que crea un estereotipo de la mujer considerada únicamente en relación con la fertilidad, la maternidad y la sexualidad –con frecuencia, como diosas asociadas a la madre-tierra–. De este modo, se ignoran la variedad de cuerpos, edades, acciones, actitudes, detalles relativos a vestimentas, peinados, tatuajes, dibujos corporales y adornos.

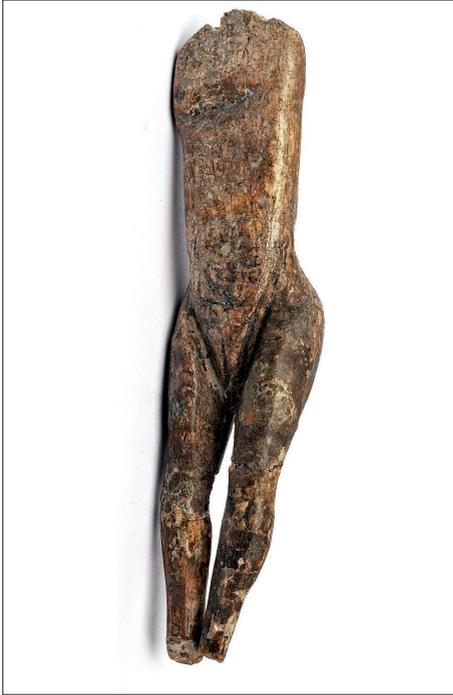


Figura 1. *Venus impúdica*, h. 17000 a. C.
Muséum National d'Histoire Naturelle,
París.



Figura 2. *Venus de Willendorf*,
h. 28000-25000 a. C.
Museum für Natukunde Viena.

El significado nos sigue resultando desconocido, misterioso. La interpretación de estas figurillas esculpidas durante más de 25000 años por diferentes sociedades del Paleolítico Superior repartidas por un vasto territorio, no puede ser global ni uniforme. Dada la variedad de formas y estilos, tanto en el tiempo como en el espacio, los motivos de la realización de estas figuras tienen que ser, forzosamente, diversos. Según las diferentes culturas y las regiones, sobre pared o sobre soporte móvil, estas múltiples representaciones femeninas pueden pertenecer al mundo profano o sagrado: ser estatuas de culto, talismanes o amuletos protectores, figuras de antepasados, reales o míticas; exvotos u ofrendas –en especial, las que se han encontrado en tumbas–, juguetes, retratos más o menos



Figura 3. *Dama de Brassempouy*,
h. 26000-24000 a. C. Musée
d'Archéologie Nationale,
Sain-Germain-en-Laye.



Figura 4. *Venus de Laussel* o *Venus del cuerno*, h. 25000-20000 a. C. Musée d'Aquitaine, Burdeos.

realistas de mujeres, imágenes simbólicas de la sexualidad, de la fecundidad o de la fertilidad o de divinidades.

Representaciones de mujeres con similares características pueden encontrarse también grabadas –generalmente bajorrelieves– sobre las paredes de cuevas o abrigos rocosos, entre las que sobresale la conocida como *Venus de Laussel* o *Venus del cuerno*, porque sujeta un cuerno de bisonte en su mano derecha, a la vez que coloca la izquierda sobre el vientre (podría estar embarazada) [figura 4]. Igualmente, en este caso existe una gran variedad de imágenes según regiones y culturas: de frente o de perfil, de pie o sentadas (más raras), con cuerpo fragmentario o más completo, más realista o esquemático. La mayoría son del Paleolítico más antiguo, el gravetiense, mientras que las del magdaleniense son más estilizadas, más diversas y heterogéneas.

Los artistas del Paleolítico Superior representaron no solo el cuerpo desnudo (femenino y masculino), sino también el órgano sexual visible: la vulva y el falo; también en este caso siendo mucho más abundantes los femeninos. En cuanto a la ausencia de rostro o incluso de cabeza en muchas representaciones, tal vez se deba a una convención estilística, una prohibición o signifique que la identidad de la persona no tenía ninguna importancia (una especie de arquetipo) o era desconocida (divinidad).

La abundancia y variedad de las representaciones femeninas de este periodo, con toda probabilidad, refleja a un elevado estatus y valor simbólico de las mujeres. Entre estas imágenes, mucho más heterogéneas y variadas de lo que tradicionalmente se había considerado, se encontrarían actividades relacionadas con la ostentación del poder.

4. LAS PRIMERAS «ARTISTAS»: LAS MUJERES EN LA PINTURA DEL PALEOLÍTICO

El primer arte de la historia es el del Paleolítico Superior hecho por seres humanos, individuos *homo sapiens sapiens*, entre hace 45000 y 13000 años en todos los continentes, aunque es mucho más abundante en el suroeste de

Europa, donde se encuentran las cuevas más conocidas de Altamira [figura 5], Lascaux o Chauvet. Sin embargo, poseemos cada vez más objetos con manifestaciones aparentemente simbólicas asociadas a otros tipos de géneros humanos –*homo erectus* y, en particular, *neardental*–, si bien su número es muy reducido.

De acuerdo con la arqueología tradicional, las mujeres habrían estado excluidas de la creación artística. Los argumentos con los que se ha explicado esta exclusión han sido múltiples y se han basado en distintos prejuicios relacionados con sus supuestas –diferentes e inferiores– características físicas y psicológicas, así como en las actividades que habrían desempeñado. Entre ellos, el más claro sería su presunta incapacidad para la expresión simbólica, esto es, de realizar abstracciones mentales o de estructurar un pensamiento conceptual complejo y, por consiguiente, de la creación artística. En realidad, como acabamos de decir, en todo esto subyace el prejuicio de que las mujeres, presuntamente más cercanas a la naturaleza, estarían «destinadas» a la reproducción y carecerían del potencial creativo, mientras que, por el contrario, los hombres, relacionados con la cultura, tendrían, en exclusiva, la capacidad para la producción y la creación. En general, se ha dado por hecho, sin evidencias de ningún tipo, de forma automática, que eran los hombres en exclusiva los que habían hecho el arte de la Prehistoria.

Entre ellos, se encuentra el de las difíciles condiciones de acceso a los sitios elegidos para su ejecución en el caso de las obras parietales, pinturas rupestres, bajorrelieves y grabados; ya que se creía que se habían hecho en las profundidades de las cuevas. No obstante, en la actualidad, sabemos que esto no es cierto, y que también se encuentran en abrigos rocosos y al aire libre. Otro sería que era un «arte de la caza» y, por tanto, realizado por hombres. Hoy también conocemos que las mujeres participaron en la caza. Además, las escenas de caza son raras y discutibles y los animales representados en las paredes y los cazados y los consumidos, cuyos esqueletos se han encontrado, a veces, cerca de las obras, pertenecen, en muchas ocasiones, a especies diferentes. Las pinturas y los grabados, es muy probable, tengan un sentido más sociocultural y simbólico que estrictamente vinculado a las prácticas de subsistencia.

Desde hace un tiempo, como hemos visto, ha habido un cambio de rumbo radical, al ir emergiendo dos ideas cruciales: la importancia del grupo como actor colectivo –antes el protagonismo lo tendrían unos pocos hombres líderes– y la inclusión de las mujeres en todas las tareas y, por extensión, también en el arte. Es muy difícil conocer el sexo de quienes realizaron lo mismo las obras parietales –pinturas y grabados que tiene el muro como soporte– que las mobiliarias –objetos grabados o esculpidos de soporte portátil, que se pueden mover–, si bien lo más probable es que intervinieran diferentes miembros de la comunidad, lo mismo hombres que mujeres.



Figura 5. Techo de polícromos de la gran sala de Altamira, h. 18000 a. C. Cantabria.



Figura 6. Arturo Asensio, ilustración para la exposición *Arte sin artistas. Una mirada al Paleolítico*, Museo Arqueológico Regional, Alcalá de Henares, 2012-2013.

Así pues, en la actualidad, está generalmente aceptada la participación directa de las mujeres en el arte prehistórico, es decir, como «artistas», quienes habrían ejecutado las obras –los grupos de cazadores-recolectores no cuentan con especialistas o «artistas» a tiempo completo, como los consideramos hoy en día–. Más allá de que, con toda probabilidad, intervinieran en lo que denominamos labores auxiliares, en el caso de la pintura, la búsqueda de los pigmentos y la preparación de los colores, la fabricación de los utensilios de trabajo: pinceles, aerógrafos, tampones, paletas, etc. Su equipamiento técnico era ligero y muy sencillo, frecuentemente conseguido en la misma cavidad o en sus inmediaciones y los procedimientos aplicados simples e ingeniosos [figura 6].

Hoy en día, existen dos técnicas fundamentales para la investigación de la participación de las mujeres en el arte prehistórico. Uno de estos métodos es el estudio de las huellas de las manos. Este tipo de huellas aparecen en numerosas cuevas y abrigos de todo el mundo y de distintas épocas, destacando en la Península Ibérica las de la Cueva del Castillo, la Garma, Altamira, Maltravieso o la Cueva del Trucho. Pueden encontrarse lo mismo en negativo, colocando la mano en la pared y proyectando con la boca el pigmento para que la silueta quede marcada, que en positivo –aunque es mucho menos frecuente–, hechas mojando la mano en color y ejerciendo una presión sobre la pared. Atendiendo a aspectos como la longitud y la anchura de las manos y de los dedos –así como el índice de Manning, según el cual el anular masculino es más largo que el índice, mientras que en la mujer son casi del mismo tamaño– se puede identificar el sexo y la edad de la persona a la que pertenece la huella.

Estudios hechos en ocho cuevas paleolíticas francesas y de la cornisa cantábrica han llevado a determinar que más de la mitad de las manos impresas en negativo hace unos 25000 años en estos lugares, treinta y dos, son de mujeres. Lo mismo ocurre en la cueva francesa de Cosquer, aún más antigua, dos mil años anterior, donde hay sesenta y cinco manos en negativo, que son mayoritariamente femeninas [figura 7]. Si bien en otros casos, como en el de la cueva de Chauvet en Ardèche, las manos serían más bien de hombres. Esta constatación es muy importante, puesto que algunos prehistoriadores consideran que las huellas de manos de pequeñas dimensiones halladas junto a ciertas obras podrían ser firmas de artistas.

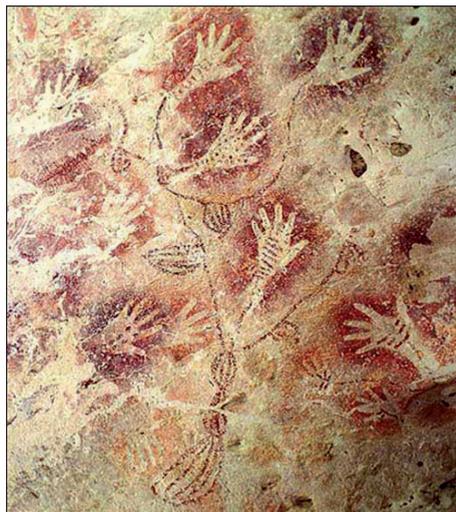


Figura 7. Panel de las manos de Cosquer, h. 27000 a. C.

La otra técnica de investigación, cuando las pinturas son hechas con los dedos, es el estudio de las huellas dactilares o paleodactiloscopia, mediante el análisis del tamaño de los surcos interpapilares y la anchura de las crestas papilares, lo que permite determinar la edad y el sexo, respectivamente. En la prestigiosa revista *Antiquity*, se publicó en 2020 un artículo sobre unas pinturas halladas por un grupo de investigadores de la Universidad de Granada en el abrigo de Los Machos en el Cerro de Jabalcón de Zújar (Granada), de entre 7000 y 5000 años de antigüedad en un excelente estado de conservación. Se trataba de más de treinta y dos motivos esquemáticos pintados entre los que predominaban las figuras antropomorfas, circulares y geométricas [figuras 8 y 9]. El estudio demostró que las pinturas habrían sido realizadas, al menos, por dos individuos diferentes: un hombre adulto, mayor de treinta y seis años, y una mujer joven o un joven –podría tratarse de una mujer o de un hombre–.

Lo mismo podríamos decir con respecto a la intervención de las mujeres en el arte mobiliario, es decir, que, como los hombres, participaron en su creación. En este sentido, son muy interesantes las hipótesis de LeRoy MacDermott sobre autorrepresentaciones de las mujeres, en particular, en las figurillas femeninas a las que nos hemos referido antes, porque con frecuencia reflejarían un profundo conocimiento del cuerpo femenino o porque estarían hechas desde una perspectiva en la que ellas estarían observando sus propios cuerpos. Asimismo, el hecho de que fueran autorretratos explicaría las omisiones anatómicas y su desproporción.



Figura 8. Pinturas del abrigo de Los Machos en el Cerro del Jabalcón, en Zújar (Granada), 5000-3000 a. C.



Figura 9. Fotografía digital de las pinturas del abrigo de Los Machos en el Cerro de Jabalcón, en Zújar (Granada), 5000-3000 a. C.

BIBLIOGRAFÍA

Campbell, Joseph, *Diosas*, Madrid, Atalanta, 2021.

Cohen, Claudine, *La mujer de los orígenes. Imágenes de la mujer de la prehistoria occidental*, Madrid, Cátedra, 2011.

Gimbutas, Marija, *Diosas y dioses de la Vieja Europa (7000-3500 a. C.)*, Madrid, Siruela, 2021.

Kerner, Jennifer; Ciotteau, Thomas; Pincas, Éric, Lady Sapiens, *La mujer en tiempos de la Prehistoria*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2022.

Martínez-Sevilla, Francisco; Arqués, Meritxell et al., "Who painted that? The authorship of Schematic Rock Art at the Los Machos rockshelter in Southern Iberia", *Antiquity*, Cambridge, Cambridge University Press, 2020, pp. 1133-1151.

Patou-Mathis, Marylène, *El hombre prehistórico es también una mujer. Una historia de la invisibilidad de las mujeres*, Barcelona, Lumen, 2021.

Sanahuja Yll, María Encarna, *Cuerpos sexuados, objetos y prehistoria*, Madrid, Cátedra, 2002.

Sánchez Romero, Margarita, *Prehistoria de mujeres*, Barcelona, Planeta, 2022.

—, Sánchez Romero, Margarita (ed.), *Arqueología y género*, Granada, Universidad de Granada, 2005.

VV. AA., *Arte sin artistas. Una mirada al Paleolítico*, Alcalá de Henares, Museo Arqueológico Regional, 2012-2013.